



4. Laicismo, religión y espacio público

Debate en el Nuevo Partido Anticapitalista (NPA)

Frente al ascenso de las reacciones, desarrollemos las solidaridades cruzadas.

Reagrupamiento "Feminismo y laicidad"

El próximo congreso del NPA versará en particular sobre tres cuestiones: la crisis y nuestras respuestas; las perspectivas políticas y nuestra política de alianzas; la cuestión de las religiones y de la emancipación. El texto que sigue es una contribución del reagrupamiento "Feminismo y laicidad" (RFL) sobre el último de estos temas. El reagrupamiento RFL nació en el seno del NPA como consecuencia de los debates abiertos por la candidatura, en el Vacluse (Aviñón), de una militante que llevaba un velo o pañuelo musulmán en las elecciones regionales de 2010. Esta candidatura reveló una concepción del feminismo, del laicismo y de la intervención en los barrios populares, del internacionalismo y de la democracia en el seno del NPA, con la que estábamos en desacuerdo. En cierta forma, el perfil político del NPA y su proyecto de emancipación están en juego en esta discusión. Este texto es fruto de una discusión entre militantes, hombres y mujeres, miembros o no de la dirección nacional del NPA.

Divisiones y solidaridades en el momento de la crisis capitalista.

El refuerzo, en Europa, de corrientes xenófobas, de nacionalismos identitarios y de medidas discriminatorias debe tomarse muy en serio. Con la previsible agravación de la crisis social, pueden conducir a pogromos en los que las poblaciones llamadas musulmanas (pero también el pueblo rom o gitano), designados como chivos expiatorios, serán las primeras afectadas. No es un cliché decir y repetir que nuestros gobernantes quieren dividir a cualquier precio a los explotados, oponiendo entre sí a las víctimas del racismo (árabes, negros, judíos, chinos...), trabajadores "nacionales" y emigrantes, empleados estables y precarios, funcionarios y asalariados del sector privado, asalariados y parados, hombres y mujeres, antiguas y nuevas generaciones... Es un dato muy importante de la situación.

Esta voluntad de dividir para reinar es tan vieja como la lucha de clases, pero en el momento de la crisis capitalista no tiene nada de rutinario. La cuestión tiene una importancia particular cuando la mundialización capitalista vacía de su contenido la democracia política (aunque sea burguesa) y disuelve los espacios de ciudadanía. Cuando el neoliberalismo ataca las solidaridades conquistadas en los combates de ayer, los derechos colectivos como las jubilaciones, la seguridad social, la salud o la enseñanza públicas... En el momento de un gran giro histórico en el que las burguesías europeas quieren dismantelar las conquistas sociales de la posguerra.

En este contexto tan peligroso es vital consolidar las solidaridades cruzadas; siendo, por ejemplo, a la vez antirracista, feminista y laico/a.

El feminismo no es sólo una conquista, es un combate y un proyecto de emancipación. Desde hace 30 años asistimos a una contraofensiva sistemática de las corrientes religiosas más reaccionarias contra las conquistas feministas. Esto se ha traducido, en las conferencias internacionales sobre las mujeres o la demografía, en una alianza abierta entre los conservadores protestantes anglosajones, el Vaticano y los representantes de los países musulmanes, contra el derecho al aborto, contra la libre elección de la sexualidad, etc., en el contexto de la ofensiva neoliberal.

En Francia, este mar de fondo reaccionario ha tomado toda su amplitud en el cambio de siglo. Como partidarias/os de un feminismo de “lucha de clases”, nos vemos llevados/as a defender una orientación que se inscribe a la vez en una perspectiva feminista anticapitalista, antirracista e internacionalista. Luchamos no sólo por la igualdad entre las mujeres y los hombres en todos los terrenos (trabajo profesional, reparto de las tareas domésticas y parentales, vida política, sexualidad, etc.), sino también contra toda educación sexista, que construye y reproduce la división social y sexuada del trabajo en todas las esferas de la sociedad, y produce normas morales y sexuales diferenciadas para las personas en función de su género o su sexualidad. Esta lucha en favor de la “mixidad” va a la par con el reconocimiento del derecho a la autoorganización de las mujeres movilizadas por su emancipación, con la lucha por la igualdad entre heteros y homos, y contra las discriminaciones de las minorías sexuales.

Esta comprensión de la lucha feminista es contradictoria con los “dogmas” religiosos monoteístas que defienden un modelo “complementario” de los sexos, fundado en la asignación prioritaria de las mujeres a la maternidad, el rechazo de la homosexualidad como “contra-natura”, y según los cuales sólo la sexualidad en el marco del matrimonio es “lícita”. Esta prescripción es una fuente permanente de desigualdades entre los chicos y las chicas, y de una hipocresía sin nombre. En efecto, ¿quién va a controlar y cómo la “virginidad” de los hombres jóvenes? Pero la trasgresión de estas normas tiene graves consecuencias para las chicas, hasta el punto que algunas esperan hasta el último momento para hablar de un embarazo

no deseado o son conducidas a recurrir a la cirugía para reconstruir su himen ¡y su reputación! No se trata de preconizar un modelo sexual que haría obligatorio para cualquier joven tener relaciones sexuales a tal o cual edad. Cada uno, cada una, debe poder hacer su propia experiencia, en función de sus opciones personales. Esto implica para nosotros/as una denuncia en profundidad de los prejuicios religiosos que encorsetan la vida de los jóvenes y de las jóvenes en particular.

Igualmente, el uso del pañuelo o del velo musulmán no puede ser banalizado. En el plano individual, el uso del velo puede tener múltiples sentidos. Algunas han optado por llevarlo como signo de resistencia o por adhesión político-religiosa, mientras que otras son obligadas a hacerlo bajo la presión de su familia o de su barrio, etc. Pero cualesquiera que sean las motivaciones individuales (muy diversas), el pañuelo (y mucho más aún el velo integral) no es una vestimenta como cualquier otra. Ocultar el cabello y el cuerpo de las mujeres tiene el mismo sentido en todas las religiones monoteístas: el cuerpo de las mujeres debe estar oculto para todos, salvo para el marido, pues se supone que suscita deseos incontrolables a los hombres. En esta visión de la sexualidad, las mujeres son presentadas o como peligrosas seductoras, o como totalmente asexuadas, y los hombres asimilados a seres débiles incapaces de resistir sus “instintos”. Esto sólo puede ser sentido como una “regresión” por muchas y muchos feministas en un país donde el derecho al aborto está continuamente puesto en cuestión, donde la victoria contra el orden moral católico data apenas de una generación y no está estabilizada en Europa.

Por todo lo anterior la elección de una candidata que usaba el pañuelo musulmán fue un error de bulto.

Este rechazo a banalizar el velo se acompaña, por nuestra parte, de un rechazo igualmente claro de la ley contra el burka, ley de circunstancias destinada a distraer de los ataques sin precedentes a los derechos sociales de los trabajadores y parados de los dos sexos, que constituye un ataque contra la libertad religiosa y la de circular libremente en el espacio público. Estamos resueltamente en contra, porque no es mediante ese tipo de ley como se puede garantizar la dignidad de las mujeres. Aquí, como siempre, se trata de denunciar la segregación de sexos que implica el velo integral y, al mismo tiempo, oponernos a los ataques gubernamentales y llevar adelante nuestro combate feminista.

Defender la laicidad. Aunque las leyes sobre el laicismo fueron votadas por una mayoría republicana colonialista y hostil al derecho de voto de las mujeres, al final del siglo XIX y a comienzos del siglo XX, representan para nosotros una conquista fundamental: el reconocimiento de la libertad de conciencia, la igualdad de todos los ciudadanos independientemente de sus creencias y convicciones, la gratuidad de la enseñanza (primaria en aquella época), la escolarización de los chicos... y de las chicas; la separación de las iglesias y del estado (el estado cesaba de controlar el funcionamiento de la religiones y de financiarlas, y éstas no tenían

derecho a interferir en el funcionamiento del estado). Todas estas leyes tuvieron el mérito de atacar a los privilegios de la iglesia católica y de definir un espacio de ciudadanía independiente de las pertenencias religiosas de las personas.

Cuando Sarkozy ataca la laicidad reafirmado la primacía del cura sobre el maestro, aumentando la financiación de las escuelas privadas, etc., debemos reafirmar lo más claramente posible nuestra voluntad de unificar a los explotados y oprimidos de los dos sexos, independientemente de sus creencias religiosas. Sin embargo presentar un o una candidata (cualquiera que sea su religión) mostrando de forma ostensible su creencia religiosa no puede sino oscurecer este mensaje. Pensamos que los y las creyentes pueden formar parte del NPA con tres condiciones: que tomen sus distancias con los poderes religiosos y se opongan a las corrientes reaccionarias; que pongan en cuestión abiertamente los discursos oficiales de su religión sobre la sexualidad, las relaciones hombres-mujeres, la homosexualidad, el derecho al aborto, el apartheid sexual, etc.; que todos y todas admitan que no se hace proselitismo religioso en el NPA y que no es la religión lo que nos une, sino la voluntad de luchar, aquí y ahora, contra la injusticia social y el capitalismo, y la voluntad de promover una sociedad diferente liberada de la ley de la ganancia y de todas las opresiones.

Nuestra intervención en los barrios populares. Esta concepción solidaria y laica del combate político debe animar igualmente nuestra intervención en los barrios populares.

Las múltiples formas de inseguridad social a las que están confrontados los habitantes de los barrios populares están agravadas por la represión sistemática y la estigmatización creciente de ciertas poblaciones (particularmente las de cultura musulmana y los gitanos) designadas como chivos expiatorios. Es imperativo y urgente acabar con el racismo y sus controles sobre las personas que no tienen la tez blanca, las ocupaciones casi militares de ciertos barrios populares, los arrestos arbitrarios, las discriminaciones en la contratación o en la vivienda.

Estos barrios tienen necesidad de servicios públicos desarrollados, en particular en educación, salud, vivienda, infancia, transporte y cultura; de asegurar un trabajo para cada adulto; de tener condiciones sociales, materiales y pedagógicas para una real igualdad escolar (restablecimiento de la tarjeta escolar, aumento de medios para la Educación nacional, fin de las desigualdades entre escuelas de comunas más o menos ricas). Los jóvenes necesitan las condiciones materiales que les permitan estudiar y formarse sin tener que trabajar al mismo tiempo. Hay que construir viviendas sociales (faltan 1 millón), particularmente en las comunas ricas, para acabar con la guetización de los trabajadores; acercar las personas a su lugar de trabajo; poner en pie la gratuidad de los transportes públicos y desarrollarlos; (re) implantar centros de salud de proximidad, que permitan el acceso de todos y todas a los cuidados; poner la formación que certifica la cualificación en el centro de la lucha por el empleo; prohibir los despidos y crear

los empleos necesarios para la mejora y extensión de los servicios públicos, contribuyendo a acabar con el paro en barrios en los que alcanza el doble de la cifra nacional y está agravado para los jóvenes, los inmigrantes y, muy en particular, las mujeres; desarrollar lugares de acogida para los jóvenes y permitirles el acceso a las diversas actividades culturales; restablecer y aumentar las subvenciones a las asociaciones pegadas al terreno, favoreciendo su intervención particularmente en los establecimientos escolares sobre asuntos diversos: sexualidad, contracepción, aborto, y también violencia contra las mujeres, sexismo, discriminaciones contra los LGBTI... etc.

Los y las militantes del NPA están presentes en numerosos colectivos y asociaciones que intervienen en los barrios populares. Debemos desarrollar allí aún más nuestra intervención y aportar nuestro apoyo activo a las luchas por el empleo, la salud, la vivienda, el acceso a la cultura, el reparto de la riqueza. El combate contra la exclusión, el racismo y la propaganda antimusulmana forma parte también de las urgencias en estos barrios. Pero este combate en ningún caso debe relegar a un segundo plano la cuestión de la opresión de las mujeres y las violencias que sufren algunas de ellas, ni el combate que muchas de ellas llevan por su emancipación. Debemos estar al lado de todas las que luchan contra la opresión patriarcal bajo todas sus formas, incluida la imposición del velo, al lado de todos y todas los que luchan contra los conservadurismos religiosos.

Un internacionalismo multidimensional. En nuestros combates políticos es preciso tener en cuenta las situaciones concretas, que difieren según los países o las regiones, pero también todo lo que tienen en común. Las persecuciones contra las minorías, tanto si toman forma de racismo, como de xenofobia o de sectarismo religioso, no son exclusiva de las metrópolis “post-coloniales”: según los lugares, sus víctimas son comunidades cristianas o musulmanas, chiítas o sunitas, los pueblos indígenas o los inmigrantes. Igualmente, los ataques contra los derechos de las mujeres tienen hoy un carácter casi universal y el refuerzo del sexismo es perceptible (¿casi?) en todas partes.

Desgraciadamente no estamos ya en los años 70, cuando se desarrollaban las corrientes de la teología de la liberación. Hoy el ascenso de las extremas derechas y de la reacción religiosa se manifiesta en el catolicismo, el protestantismo, el hinduismo, el budismo... y no sólo en el Islam. Se desarrolla tanto en Estados Unidos como en la India, en el Próximo Oriente y en Europa. Alimenta graves ofensivas contra el derecho al aborto, que pueden llegar a su prohibición total (Nicaragua). En el mundo musulmán empuja a cada vez más mujeres a llevar el velo o el velo integral.

Los ataques en marcha contra la laicidad tienen también una dimensión internacional, atacando su fundamento mismo –la separación de las iglesias y del estado– y no sólo los aspectos particulares que toma en tal o cual país. A iniciativa de Pakistán, la Comisión de Derechos Humanos de la ONU condena la blas-

femia al mismo nivel que el racismo, a pesar de que una decisión así se opone a la libertad de expresión y conciencia, y de que su aplicación conduce a las peores violencias. Tribunales comunitarios comienzan a operar en países como Gran Bretaña lo cual pone de hecho en cuestión (en el caso de la sharia en particular) las protecciones y los derechos que disfrutaban las mujeres concernidas. La laicidad es claramente una de las condiciones –necesaria aunque no suficiente– de una ciudadanía compartida, de una ley común y de una democracia política.

Somos antiimperialistas y luchamos contra la mundialización capitalista, la política de guerra practicada por Washington, los objetivos dominadores de la Unión Europea y contra nuestro propio imperialismo francés. Rechazamos introducir una jerarquía en las opresiones o jugar al juego de la división no apoyando más que a ciertas víctimas en nombre del “enemigo principal”. En Afganistán, por ejemplo, defendemos a las mujeres tanto si son víctimas de los ejércitos de la OTAN, como de los aliados de Washington o de los talibanes. El internacionalismo exige que apoyemos las luchas de todas y todos los oprimidos/as y explotados/as del mundo, no sólo contra el imperialismo americano sino también contra los regímenes reaccionarios locales.

Desarrollar la democracia en el seno del NPA. En el próximo congreso habrá que votar en concreto sobre 5 cuestiones:

- 1) Sobre nuestra concepción de la democracia en el seno del NPA, para evitar que se reproduzca el golpe de fuerza llevado a cabo en las regionales. La candidatura de una militante con velo en Vaucluse fue decidida sin ningún debate colectivo nacional, aunque la decisión tenía un alcance nacional; el NPA se vio obligado a asumir esta decisión, como si la discusión se hubiera cerrado antes de empezar, cuando se sabía que la cuestión dividía profundamente al NPA. No es así como un partido democrático debe funcionar. La regla comúnmente admitida hasta ahora es que el debate precede siempre a la decisión. En este caso fue al contrario. Sabemos que muchos militantes quedaron consternados/as de que se impusiera a toda la organización una candidata que vestía un signo religioso, convertida por algunos en un estandarte.
- 2) Sobre la forma de seleccionar nuestros candidatos y candidatas a las elecciones o a puestos de responsabilidad que les ponen en contacto directo con los medios de comunicación.
- 3) Sobre la no banalización del velo o pañuelo islámico, etc.
- 4) Sobre la posibilidad o no de aceptar la adhesión de militantes que muestran de forma ostensible su religión y visten un signo discriminatorio hacia las mujeres.
- 5) Sobre nuestra concepción de la laicidad.

Somos muchos y muchas quienes consideramos que todas estas cuestiones no deben ignorarse con ocasión del próximo congreso y que, por lo tanto, debe haber en él votaciones claras.

Luchar a la vez contra la islamofobia y contra los integrismos. /1

Catherine Samary

“El cambio de siglo” vino marcado por el 11 de septiembre de 2001. Y en Francia el clima de miedo irracional (fobia) hacia un peligro islamista caracterizó el contexto de la ley del 15 de marzo de 2004 contra el uso del velo por las alumnas de la escuela pública. Esta fobia se ha visto potenciada por la tendencia a identificar toda afirmación “visible” del islam (y la reivindicación de derechos al respecto) con el “islamismo” (en el sentido de un proyecto político que subordina el estado y sus leyes al islam). Esta tendencia está en el centro de cinco aspectos de un mismo debate de conjunto que ha dividido a la izquierda radical (y a las feministas), incluyendo la ex-LCR /2 y luego el NPA.

1. Ascenso de los integrismos versus polarizaciones. Las divergencias parten de la descripción de la “*ola de fondo reaccionaria*” /3 que se traduce en un ascenso de los integrismos en todas las religiones, a escala mundial. La cual “*en el mundo musulmán empuja a cada vez más mujeres a llevar el velo, o el velo integral*”. Esta descripción olvida las polarizaciones y resistencias que atraviesan todas las sociedades, particularmente las musulmanas, aunque no se trate de una situación marcada por correlaciones de fuerza favorables a las luchas de emancipación, análoga a los años 1970.

En esta interpretación de conjunto unilateral de las dinámicas en curso se omite un factor: el nuevo enemigo “terrorista” que ha legitimado las guerras imperialistas tras el fin de la guerra fría, y la instrumentalización de la islamofobia extendida tras el 11 de septiembre.

En la sociedad francesa postcolonial, detrás de la hostilidad al islam se ha expresado “un racismo apenas velado” hacia las poblaciones recientemente inmigradas (y masivamente musulmanas). Pero esto se ha combinado con varios factores: la percepción de toda exteriorización de diferencias como contraria al universalismo republicano francés; un conocimiento primitivo del islam influenciado por las presentaciones “eruditas” sobre la imposibilidad de reconciliar islam y laicismo; y la percepción de toda aceptación del pañuelo como contradictorio con las libertades sexuales y los derechos de las mujeres adquiridos desde 1968 y aún frágiles, incluso como una traición a la necesaria solidaridad con las mujeres que resisten a las corrientes integristas.

La crítica de estas *percepciones y eventuales falsas teorizaciones* no significa sumarse a una percepción simétrica que rechaza las preocupaciones que las originan. La minoría de la LCR que denunciaba la instrumentalización racista

1/ Este artículo es una versión resumida de un texto de contribución a los debates internos del NPA publicado en: <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article18975>. Responde, en particular, al texto del reagrupamiento “Féminisme et laïcité” (RFL) publicado en este número de *VIENTO SUR*.

2/ Véase mi artículo “La laicidad no es antirreligiosa” en *VIENTO SUR* n° 96.

3/ Véase el artículo citado del reagrupamiento “Féminisme et laïcité” (RFL).

de las causas feministas lo hacía en el marco de un compromiso feminista, laico e internacionalista militante contrastado.

No se trataba pues de negar la existencia de corrientes integristas y de callarse sobre sus violencias: por el contrario, en los colectivos que hemos formado, nuestros nuevos compañeros, hermanos y hermanas musulmanas, nos ayudaban a resolver una dificultad mayor del combate contra la islamofobia (en una sociedad en la que el islam es una realidad nueva): la de discernir un barbudo de otro, una mujer con velo de otra, en definitiva, a aplicar los criterios políticos e ideológicos a los musulmanes igual que al común de los mortales.

Aunque el aumento del uso del pañuelo islámico estaba efectivamente asociado, en parte, a la ofensiva de las corrientes llamadas “salafistas” (en Francia minoritarias, pero muy presentes en ciertos ambientes y barrios), es esencial comprender otros factores que empujaban a la afirmación pública de una “identidad musulmana”.

Por hablar sólo de Francia hay que subrayar, por un lado, el crecimiento de esta población (que ha pasado de 1 a más de 6 millones de personas en tres decenios) con el reagrupamiento familiar tras el freno a la inmigración lo cual, estadísticamente, aumentó el número de mujeres con velo. Paralelamente, emergieron tres causas de afirmación identitaria “reactivas” de potencial progresista y conflictivas con las corrientes “salafistas”: cuando éstas empujaban al repliegue comunitarista, incluyendo el uso del burka, toda una nueva generación nacida en Francia aspiraba a la realización de los derechos republicanos proclamados. La constatación de las discriminaciones a causa del aspecto y del nombre en el empleo, la vivienda y la vida cotidiana, a pesar de la voluntad de sus padres de ser “discretos” como musulmanes, les incitaban a asumir una “identidad” de facetas múltiples en un “repliegue de apertura” por la igualdad de derechos. Por otra parte, en el contexto del post 11/09 se expresaba también una afirmación identitaria musulmana (individual y/o asociativa) *a la vez* crítica con los atentados de Al Qaeda y con el ascenso de una islamofobia arrogante que legitimaba las guerras imperialistas contra “el terrorismo”. En este marco, el rechazo de la asimilación de la resistencia palestina con el “terrorismo” se acompañaba de un planteamiento político que estaba (de nuevo) en conflicto *a la vez* con las corrientes que querían la “islamización de Palestina” y con la islamofobia que rechaza la legitimidad de Hamas como componente de la resistencia. Por último, la ley de 2004 ha producido también polarizaciones: por una parte, interpretaciones abusivas cada vez más restrictivas del “laicismo”, en nombre del cual mujeres con velo eran agredidas y/o excluidas de diversos espacios públicos; lo cual impulsaba la extensión reactiva del uso del pañuelo en nombre de las libertades laicas...

Muchos análisis (que se reclamaban incluso del marxismo o del anarquismo) tendían hacia una visión “esencialista” de la religión y sobre todo del islam. Y han reforzado la tendencia a rechazar (como islamista) a toda corriente que se

asumiera explícitamente como musulmana (como las mujeres con velo), incluso cuando éstos/estas se acercaban al altermundialismo o, como en el caso de Francia, se reivindicaban del laicismo y de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, rechazando igualmente las violencias integristas y “toda coacción en nombre del islam”, particularmente en el uso del velo.

Paradójicamente, corrientes que dicen (con razón) que no hay que establecer jerarquías en la lucha contra todas las opresiones, han mostrado tener un grave defecto de empatía no tolerando que musulmanes/as quieran combatir en varios frentes a la vez, ¡y proclamarlo! De hecho, tras la insistencia en el feminismo y laicismo, se ha asistido a una interpretación muy discutible del debate.

2. Enemigo principal versus lucha contra las opresiones cruzadas... ¿olvidando la islamofobia? Las posiciones (en el seno de la izquierda radical) en defensa de las mujeres con velo han sido asimiladas a una “tesis del enemigo principal” que, en nombre del antirracismo (o del antiimperialismo), sacrificaría el feminismo o suavizaría las luchas contra la homofobia para ganar aliados musulmanes.

Este debate existe. Pero ninguna “fórmula” puede reemplazar el análisis concreto de las situaciones concretas. Francia no es Pakistán: y aunque es legítimo plantear “*ni imperialismo, ni talibanes*” en Afganistán o en Pakistán, esto no justifica defender en Francia un lema como “*ni ley 2004, ni velo*”, que es hostil a las mujeres que llevan velo, ¡en un contexto de estado postcolonial y de población musulmana ampliamente discriminada!

Al reivindicar la lucha contra las opresiones cruzadas no se puede silenciar la nueva forma que toma el racismo, que explica el deslizamiento hacia la más sórdida extrema derecha de intelectuales y corrientes que se reclaman de la “*igualdad hombre-mujer y (de) la república social*”, como la revista *Riposte laïque*, donde el musulmán es estigmatizado con los mismos clisés e imágenes que antaño el judío. Paralelamente, alianzas hasta hace poco tabúes entre derecha “clásica” y Frente Nacional son ya contempladas: la islamofobia se ha convertido en todas partes en un terreno de nuevas convergencias. Las causas homosexuales y feministas descubren nuevos defensores cuando se trata de diabolizar el islam. La campaña sarkozysta sobre la “identidad nacional” no ha evitado tampoco estos “deslizamientos”.

En Francia las manifestaciones contra el racismo (que han reaccionando justamente contra las expulsiones de los gitanos) no han logrado hasta ahora integrar todas las operaciones de división y de búsqueda de chivos expiatorios que, como la islamofobia, pretenden desviar las luchas comunes contra la ruptura social. Esto exige clarificar la posición feminista y laica.

3. No banalización del velo y rechazo de las mujeres con velo versus luchas comunes contra la imposición del velo y contra su prohibición.

La posición “*ni ley, ni velo*” de la ex-LCR se ha justificado en nombre de la “*no banalización del velo*” y de sentimientos legítimos: la solidaridad con las mujeres a las que regímenes integristas imponen el uso del velo; el miedo a presiones religiosas que empujen en el sentido de regresión en los derechos y libertades conquistadas por las mujeres...

Pero sobre todo, la “*no banalización del velo*” se ha traducido (en la mayoría de la ex-LCR y en muchas feministas) en un rechazo de toda actividad militante junto a mujeres con velo, independientemente de la plataforma política planteada, y de lo que ellas tenían que decir: el pañuelo “hablaba” por ellas, o bien, las personas “liberadas” que las rechazaban “sabían” qué sentido tenía el velo... Las mujeres concernidas son de hecho consideradas o bien como menores y sometidas a un barbudo, o bien como peligrosas islamistas.

Este es el efecto desastroso de una suerte de “fetichismo” del símbolo, o de un planteamiento “esencialista” del velo, así como de “la” religión, independiente de los contextos y de los seres humanos implicados en la diversidad de lo que determina su “opción”.

Sin embargo, la misma vestimenta puede ser impuesta a las mujeres, o “elegida” bajo presiones diversas y, eventualmente, ¡a contracorriente de una prohibición! Y los vestidos sexuados no son en sí mismos signos de opresión, como tampoco el pantalón significa el fin de la opresión...

Ciertamente, el velo musulmán no es una simple prenda, sino un signo religioso. Y las corrientes más reaccionarias o conservadoras lo imponen. Pero esto no suprime la diversidad de las dinámicas “bajo” el velo y más precisamente en el seno del islam actual. Las doctrinas y prácticas dominantes asocian el velo con una relación de control y de dominación del marido sobre la mujer, y una división de los papeles legitimada por diferencias físicas “naturales”. Pero la exigencia de contextualización e interpretación, reivindicada como “coránica” por las corrientes reformadoras no literalistas, se acompaña hoy de la emergencia y del desarrollo internacional de un “feminismo musulmán” (la terminología es discutida pero no implica un planteamiento “relativista”: hay puesta en cuestión de las relaciones de dominación en general, a partir de referencias religiosas reinterpretadas), un fenómeno heterogéneo y cada vez más estudiado^{4/}. Está asociado a la escolarización masiva de las mujeres y a su acceso creciente a los saberes religiosos. La puesta en cuestión del monopolio de los hombres sobre la interpretación de las fuentes está así cada vez más legitimada.

Al mismo tiempo, movimientos de lucha contra las violencias y las desigualdades practicadas en nombre del islam son contestadas no sólo sobre bases seculares y laicas, sino desde el interior de la religión (por ejemplo, *Sister in islam*

^{4/} Véase el artículo de Malika Hamidi, publicado por *Les Cahiers Marxiste de Belgique*, en noviembre del 2008, y que se puede encontrar en sitio del Gierfi (Groupe de recherche international sur la femme en islam): <http://www.gierfi.com/article-36801749.html>.

en Malasia), lo cual abre espacio para frentes de lucha recompuestos (por ejemplo, la campaña “*un millón de firmas*” en Irán, que reúne a mujeres creyentes o no creyentes...). El desarrollo de movimientos gay musulmanes no deja de empezar a converger con el de las feministas musulmanas en un cambio radical de las lecturas del Corán, donde la toma en cuenta de los saberes adquiridos y de la evolución de los contextos, son reivindicados como una *fidelidad* a los preceptos coránicos. Incluso las diferencias “naturales” son reinterpretadas en el marco de un concepto de “género” (socialmente construido y analizado) y desemboca, tanto entre los creyentes como entre quienes están fuera de la religión, en una crítica de las relaciones de dominación sociales patriarcales, la exigencia de ayuda mutua en las tareas, la libertad del divorcio (que implica una autonomía financiera y por tanto el derecho de trabajar)...

Pero todo esto es ignorado o minimizado por fórmulas atemporales sobre “*las religiones monoteístas*”, “*el velo*” o la conminación de “*no banalizar el velo*”. Además, el árbol del burka esconde el bosque de los velos “no banalizados”. Sin embargo, aunque el burka implica un cierre de la acción militante, éste no es el caso del velo, que está abierto tanto al repliegue como al compromiso asociativo, profesional y político. En la práctica, el único sentido claro que tiene la no banalización del velo, desgraciadamente, es excluyente: un tratamiento “aparte” de las mujeres que lo llevan, tomando “el signo” más relevancia que el ser humano. Por eso hay que poner en cuestión definitivamente este tipo de fórmula. Pero no banalizar... las violencias, las relaciones subyacentes que hay que unir al conjunto de los combates feministas.

Hay que poner pues el acento en los derechos universales, contra las violencias y las relaciones de dominación –bajo todos los cielos y regímenes, expresar alto y claro nuestra solidaridad con las mujeres musulmanas víctimas de los integristas– sin tener un planteamiento selectivo de las violencias y de los regímenes.

Es el sentido de las mociones que apoyo en el seno del NPA, rechazando un planteamiento unívoco y selectivo del pañuelo...

Denunciamos también todas las ideologías y prácticas de control por los poderes patriarcales, religiosos o ateos, de las decisiones de las mujeres sobre su forma de vestir.

El velo ha sido utilizado bajo diversas formas y en diversas épocas por los tres monoteísmos como instrumento de sumisión de las mujeres y sigue impuesto hoy por ciertos regímenes y corrientes integristas. Denunciamos, con todas las mujeres musulmanas que reivindican su autonomía de elección y de juicio, incluso en sus prácticas religiosas, esta imposición del uso del velo, con el mismo vigor que denunciamos la prohibición del uso del velo a las mujeres con el objetivo de dar un color “emancipador” a políticas racistas o neocoloniales. Las resistencias cruzadas a diversas opresiones sufridas por las mujeres hacen que tanto el uso como la retirada del velo sean decisiones complejas para cada mujer concernida, según los contextos. No se puede pues “designar” globalmente “el” sentido del uso del velo que, en última instancia, es el que le dan las propias mujeres.

4. Un laicismo islamófobo o igual para todas las religiones. “Aunque las leyes sobre el laicismo fueron votadas por una mayoría republicana colonialista y hostil al derecho de voto de las mujeres, al final del siglo XIX y a comienzos del siglo XX, representan para nosotros una conquista fundamental” subraya el texto del RFL citado. Al hacerlo efectúa un salto peligroso hasta el rechazo de la ley sobre el burka, sin una palabra sobre... la Ley de 2004, su crítica necesaria, las puertas que ha abierto al racismo antimusulmán, y sus efectos para las jóvenes concernidas, su posible rechazo hacia las escuelas privadas (¡financiadas por el estado!...).

Más allá de este necesario balance, el texto omite decir explícitamente que el uso del velo en el espacio público no es contradictorio con el laicismo. Sin embargo, esto es particularmente importante cuando otras corrientes, también en el NPA, consideran que el laicismo impone que la religión sea “privada”...

Por el contrario, no hay desacuerdo con el reagrupamiento RFL sobre la necesidad de defender el laicismo contra los ataques que vienen del papa y de corrientes integristas. Se puede también compartir la oposición a los planteamientos relativistas que, bajo cobertura de defensa de los derechos religiosos, querrían prohibir la crítica de las religiones o de sus prácticas.

Pero nuestra tarea, como defensores del laicismo, es también luchar por la aplicación igualitaria de los derechos laicos al islam, convertida en la segunda religión de Francia y la principal religión de las nuevas poblaciones inmigradas desde los años 1970. El texto no dice nada sobre esto. Sin embargo, actualmente se presentan como antilaicas e “islamistas” derechos básicos y reivindicaciones concedidas desde hace mucho a los demás cultos (como lugares decentes de oración o recintos musulmanes en los cementerios).

Además, la ignorancia del islam es explotada por una “islamofobia erudita” que se inscribe en la pseudo “guerra de las civilizaciones” y presenta la separación de la religión y de la política o la democracia como incompatibles con la “esencia” del islam o productos exclusivos de la “civilización occidental”⁵. El trabajo (particularmente pedagógico) de contestación de estas presentaciones se enfrenta evidentemente a la evidencia difundida por los medios de comportamientos y regímenes islamistas reales presentados como “prueba” de la tesis esencialista.

Pero nada puede reemplazar el aprendizaje directo “del otro” a través del encuentro y la militancia...

5. Por movimientos sociopolíticos laicos basados en derechos iguales y caminos múltiples hacia la emancipación. El movimiento altermundialista, la Marcha Mundial de las Mujeres, el sindicalismo, los partidos anticapitalistas deben permitir las luchas comunes por derechos universales, a partir de trayectorias diferentes –creyentes, agnósticos, ateos– sin establecer un control de las conciencias.

⁵/ Vease: Sen, A. (2006) *El valor de la democracia*. Barcelona: El Viejo Topo; Cesari, J. (2004) *L'islam à l'épreuve de l'occident*. París: La découverte.

Es legítimo tratar específicamente la cuestión del partido pues sus bases programáticas están más delimitadas que los frentes ad hoc. La adhesión de mujeres con velo al NPA es y será un producto de las transformaciones de la sociedad y de las polarizaciones que la atraviesan. Aunque el ateísmo marxista fue presentado inicialmente por ciertos miembros como parte de las bases necesarias para el compromiso en un partido anticapitalista, los planteamientos sobre la religión son diferentes, incluso entre los marxistas /6, y este punto está ya superado: ninguna corriente del NPA quiere prohibir la adhesión de los creyentes. Lo que plantea problemas es la visibilidad de la religión. ¿Con qué argumentos? “La religión” como “el velo” son identificados, “por esencia”, con las corrientes más reaccionarias y conservadores del orden existente, a las doctrinas religiosas dominantes, a los planteamientos literalistas (con las tendencias unilaterales y esencialistas evocadas) y, por tanto, en contradicción con un programa emancipador. Aunque se admite que los y las creyentes pueden, a título individual, disociarse de estas corrientes y sumarse al NPA, la interpretación dominante es la que se impone. De ahí el rechazo del candidato/a del NPA que muestre su religión mediante un símbolo (digamos, su velo)... y, por tanto, un estatus con dos velocidades para los miembros: la religión debe permanecer en lo privado y una creencia religiosa mostrada es necesariamente un “proselitismo” para doctrinas religiosas retrógradas. El peligro es pasar de un escepticismo (discutible pero legítimo) a prohibiciones aberrantes, lo cual es permitido por la ambivalencia del verbo “poder”: ¿no se “puede” ser a la vez anticapitalista, feminista, laica y llevar el velo? Pero sobre todo, el problema es no permitir una plena integración, visible, de los y las creyentes en el combate por los derechos y las libertades, en las luchas contra todas las discriminaciones y desigualdades, por la autonomía de las decisiones de las mujeres...

Contra estas posiciones, la corriente del NPA a la que pertenezco ha defendido un posicionamiento sistemático “*contra la imposición del velo así como contra su prohibición*”, que no coloca “el velo” o “la religión” fuera de los contextos y de las decisiones individuales de las mujeres. Ciertamente, ninguna decisión es nunca “libre” de diferentes presiones. Pero no distinguir decisiones vividas como impuestas o vividas como autónomas, es juzgar en lugar de las mujeres. Y esto está en las antípodas de un planteamiento feminista, porque conduce a ignorar las dinámicas progresistas en marcha “bajo el velo” y el por qué pelean concretamente las mujeres concernidas.

La puesta en cuestión de las dictaduras, ateas o religiosas, la afirmación del libre albedrío individual, la contestación de los privilegios ligados al saber, el poder y el dinero, la aspiración a una justicia social que erradique la pobreza, las discriminaciones, las relaciones de opresión... son motivaciones del compromiso militante que pueden ser vividas como fidelidades a una fe religiosa. Sobre la base de objetivos comunes, políticos, los derechos deben ser iguales y el partido sólo tiene cosas a ganar “mostrando” su diversidad, dentro de la coherencia de su programa.

6/ Véase Lowy, M. “Marxismo crítico y religión” en *VIENTO SUR* n° 109.

De la “empatía” a la acción política.

Josette Trat (del reagrupamiento “Féminisme et laïcité”)

Catherine Samary nos invita en su texto a tener más “empatía” con las jóvenes víctimas de la “islamofobia” ambiente y por tanto a osar mostrar la diversidad del NPA, aceptando que sus representantes muestren sus creencias religiosas (cuando las tienen) y puedan llevar el velo.

La “empatía” con las personas explotadas y oprimidas y la cólera contra las injusticias sociales están en la base del compromiso militante en la izquierda o la extrema izquierda. Es la razón por la que comprendemos la revuelta de los jóvenes de los barrios populares o porqué una parte de ellos afirman una identidad religiosa frente a las discriminaciones, a las guerras imperialistas y a la negación de los derechos del pueblo palestino. Pero esta empatía nos ayuda a comprender igualmente porqué mujeres que han sufrido las violencias de los integristas musulmanes o temen sufrirlas reaccionan inmediatamente frente a estas afirmaciones religiosas.

¿Cuál debe ser nuestro papel político? En 2005, la LCR combatió el estado de urgencia decretado por el gobierno pero los compañeros presentes en los barrios no se contentaron con decir “venga, chavales, quemad escuelas, no es un problema...”; intentaron crear, con la población de los barrios afectados, colectivos de vigilancia contra las violencias policiales y politizar los objetivos de los jóvenes en revuelta.

En el plano de la religión, nuestro trabajo debe ser múltiple. Debemos luchar contra las amalgamas operadas por los gobiernos imperialistas, y difundidas en la población, asimilando toda persona musulmana (o supuestamente musulmana) a un integrista y/o a un terrorista. Consiste igualmente en defender los derechos de musulmanes y musulmanas a practicar, de una forma digna, su religión; a denunciar las leyes discriminatorias y contraproductivas como las de 2004 contra los signos religiosos ostensibles en la escuela o la dictada contra el burka. Pero consiste igualmente en la defensa del derecho incondicional a la crítica de las ideologías reaccionarias defendidas por las religiones, particularmente en lo que se refiere a las relaciones mujeres/hombres y las cuestiones de género en general. En el NPA no se puede aceptar en absoluto la menor autocensura sobre ningún tipo de asunto.

Pero esto no basta para definir nuestra política. Sabemos que militantes creyentes (hombres y mujeres) pueden ser resueltamente anticapitalistas, antirracistas y feministas, etc. Podemos coincidir para defender el derecho de las mujeres al aborto, a decidir tener o no tener hijos, a vivir su sexualidad como quieran, etc. Para los católicos, esto pasa por una crítica del Vaticano: ¿y para los musulmanes y musulmanas? Deberíamos coincidir en denunciar el mensaje reaccionario que significa el burka, pero también el pañuelo islámico.

Ciertamente, en el exterior de nuestras filas, mujeres jóvenes musulmanas pueden priorizar su pertenencia religiosa llevando un pañuelo islámico. Esto no nos

impide militar con ellas en diversos comités, en diferentes terrenos. Pero nuestro papel político es discutir con ellas y convencerlas, no de renegar de su fe (numerosas musulmanas no llevan el pañuelo), sino de renunciar a llevar una prenda, prescrita por los fundamentalistas, destinada a preservar “su pudor” como si las mujeres no cubiertas fueran impúdicas, como si los hombres fueran todos violadores en potencia, como si la sexualidad fuera del matrimonio fuera un escándalo.

Traducción: *Alberto Nadal*



5. Laicismo, religión y espacio público

¿Qué es el Feminismo Islámico?

[A lo largo de este Plural se han citado tanto el Feminismo Islámico, como sus Congresos. Dado que se trata de realidades poco conocidas por nuestros lectores nos ha parecido que una buena manera de presentarlos era reproducir sus propias palabras, tal como pueden leerse en la web: <http://feminismeislamic.org/es/home/>

La presentación que sigue fue redactada antes de la celebración del IV Congreso, que se clausuró en Madrid el 24 de octubre pasado y cuyas conclusiones pueden leerse en la página web citada. De ellas destacamos las tres siguientes:

1) El FI está basado en un principio fundamental de la ética coránica, como es la justicia. Esta justicia no puede limitarse a las relaciones de género, sino también a la justicia social en un sentido más amplio, lo cual incluye justicia económica, el pluralismo religioso y los valores democráticos.

3) En los países de población mayoritariamente musulmana, es preciso reformar aquellas leyes discriminatorias hacia las mujeres.

4) En el marco occidental, debemos defender los derechos específicos de las mujeres musulmanas, permitiéndoles el acceso al espacio público, a las mezquitas y a las tomas de decisión y poder en igualdad de condiciones.]

El Congreso Internacional de Feminismo Islámico es una iniciativa de la Junta Islámica Catalana (JIC). A través de los congresos, la intención de la JIC ha sido la de presentar el feminismo islámico (FI) como una realidad emergente, con un discurso sólido en el ámbito intelectual y con un importante desarrollo en el campo del activismo en pos de los derechos de las mujeres musulmanas. Hemos tratado de mantener un equilibrio entre las aportaciones teóricas y las experiencias sobre el terreno, entre la elaboración de un discurso que se genera en la academia, y los modos de aplicar este discurso en contextos diferentes.